

¿SABES DÓNDE PUEDO DEJAR MIS CONFUSIONES?

Reflexiones sobre un caso clínico, a partir de algunas propuestas teóricas de Donald Meltzer

MAGDALENA FERNÁNDEZ A.¹

En mi experiencia reciente como Candidata a Psicoanalista, me he encontrado con los escritos y posturas de Donald Meltzer. A partir de su estudio, pude comprender gran parte de las dudas e incertidumbres, acerca del material clínico que daré a conocer en estas líneas, que han venido poblando mis pensamientos. A continuación, expongo los acontecimientos cotidianos de mi encuentro terapéutico con A quien me ha enseñado, vivencialmente, lo que Donald Meltzer me transmitió a través de su profundo legado.

Se trata de a un niño de seis años, cuyo padre, B, decide traer a mi consulta. Cursa primero de primaria; empieza a presentar conductas agresivas con sus compañeros de clase y profesores. Su padre me comenta, que suele tornarse 'muy bravo' sin una justificación aparente o un motivo relevante. Golpea a sus compañeros, grita y, frecuentemente, arroja objetos al suelo. En otras ocasiones, ha gritado a sus profesoras, diciéndoles que las odia, que no las quiere e, incluso a veces, ha utilizado palabras soeces para referirse a ellas. Tanto el padre como el Colegio se muestran muy preocupados con las actitudes del niño, aunque académicamente, se desenvuelve en óptimas condiciones, pues se lo considera un alumno sumamente hábil en todas las asignaturas. La dificultad esencial radica en lo que la

institución llama 'comportamiento y actitud con pares y profesoras'.

A es un niño producto del primer y único embarazo de su madre D, quien inicia su convivencia con B cuando se enteran de que A viene en camino, luego de pocos meses de relación sentimental. Cuando cumple dos años, aproximadamente, deciden separarse, y el niño queda a cargo de D, con quien vive hasta el año pasado, hasta cuando se decide que lo haga, por un tiempo, en casa de B.

El padre describe a D como una persona 'depresiva', que le ha parecido siempre 'extraña e inexpressiva'. Ella proviene de una familia disuelta hace varios años tras el divorcio de sus padres, y hace mucho que no se comunica con su madre. En el relato que B hace de su divorcio dice, que no recuerda que haya existido siquiera una sola conversación, entre los dos, de donde haya podido deducir que la relación estaba terminada o en proceso de finalización. Solo recuerda que empezaron a dormir en habitaciones diferentes y, pasado un mes, más o menos, salió a otra casa, permaneciendo todo este tiempo en contacto con su hijo.

Cuando cualquiera de los dos relata apartes de esa época, me sorprende su carencia de color afectivo. Es llamativo que todos los miembros de esta familia tienen la particularidad de

¹ Médico Psiquiatra; Tercer semestre formación analítica; Sexta Promoción IDEAL-APC.

narrar (cuando pueden hacerlo, aclaro) los acontecimientos dolorosos con un llamativo estoicismo. A veces me pregunto de qué manera expresan lo que sienten...

Sin embargo, más adelante, como se podrá observar, es A quien empieza a comunicar, de muchas maneras, lo que ha estado sintiendo. De hecho, creo que el colegio es el escenario en el cual suelen configurarse sus *acting out*.

Durante todos estos años de convivencia con D, el padre dice que notaba que su hijo pasaba mucho tiempo al cuidado de las niñeras, pues B permanecía dedicada a las cuestiones laborales, en el computador o por fuera de casa.

Justo en el momento en que ocurre la consulta, se conoce que D está manteniendo una relación de pareja que está por legalizarse. Ha llegado a la vida de A una nueva figura que tiene además dos hijos y la idea es solidificar la relación y 'unir a las familias'. A opina, de manera aparentemente tranquila, que le parece bien "para que tengamos más plata." En ese momento, pienso en que parece ser A quien acompaña a su mamá en todas las vicisitudes de su vida, como si fuera todo un adulto. Sin embargo, cuando llega al Colegio abandona esa racionalidad para dar paso a su agresividad. No hay proceso secundario, cuando surge su rabia que, a veces, pienso que lo asusta a él mismo.

Infortunadamente, la relación de pareja de D no perdura y ocurre una ruptura traumática, en la que, al parecer, se presenta, incluso, agresión física mutua. Durante este período, las manifestaciones agresivas de A empeoran, hasta el punto de estar ya en situación previa a la expulsión del colegio.

En este tiempo, se observa una situación muy particular tanto en A como en D. Llama la atención durante las sesiones, que se llevan a cabo con ambos, que ninguno de los dos 'habla' de lo sucedido. D, con un rostro inexpresivo, escucha todo el tiempo, hay perplejidad en

sus facciones. Pareciera sentirse abrumada, pero deja entrever también una rabia muy grande hacia lo que le está ocurriendo. Así mismo, A acude a las sesiones 'como si no estuviera pasando nada' y es siempre el padre quien, con mucho dolor, denuncia los últimos acontecimientos.

A parece 'hablar elocuentemente' a través de los golpes, los gritos y la coprolalia, respecto de la cual llama la atención de sus padres las palabras que utiliza, pues dicen desconocer el origen de dicho aprendizaje. Alternadamente, durante las clases, asume posición fetal debajo de su pupitre, chupa su dedo y acaricia su oreja en un interminable silencio, que solo se rompe cuando agrade al mundo exterior. Tanto el padre como el colegio relatan cómo A inicia una escalada agresiva con aquellas profesoras más cercanas, con las que incluso ha habido una relación, hasta cierto punto, materno filial.

A propósito de la vida de B se puede resumir que no tiene ninguna relación afectiva estable ni importante, vive solo fuera de la ciudad y hace parte de una familia con padres divorciados y madre alcohólica, que murió cuando era un adolescente. Su relación con ella fue siempre sumamente estrecha, no siendo así con su padre. Sin embargo, muestra un importante interés por todo lo que atañe a A, se muestra muy colaborador en cuanto a la asistencia a citas, no pone resistencia respecto de ninguna recomendación y se empeña en que se respeten los encuadres en todo momento. D, por el contrario, en no pocas ocasiones intenta no llevar a A si es el día que le corresponde.

La sensación que tengo es que D no está o no puede estar verdaderamente con y para A. Por lo mismo, no logra contenerlo y, por el contrario, parece entrar en mutismo cuando le relatan las actuaciones en el contexto escolar. Presenta, además, una importante somatización, que se ve reflejada en múltiples afecciones que la imposibilitan, aún más, para

compartir con A espacios de diálogo, juego, ocio o, simplemente, una compañía mutua. A empieza, a su vez, a rechazar la idea de compartir espacios con ella, así como con sus profesoras, anteriormente apreciadas, y cada vez busca más estar con B, a quien, de todos modos, cuestiona y desafía.

El colegio, en medio de toda la explosión de A, denuncia una seria dificultad en la relación madre-hijo, y hablan de una madre inexpresiva, silenciosa y ausente, aun cuando no falta a ninguna reunión de la institución. No suele tener nada que decir frente a las observaciones de orden disciplinario, al igual que en nuestras reuniones, en las que solamente me mira y me observa fijamente, sin poder pronunciar una sola palabra.

Durante todo este tiempo, permanecemos con A en un encuadre de tres sesiones semanales. Cuando asiste con B, generalmente se hace manifiesto lo que está sucediendo en el colegio y en casa. A se nota cada vez con más rabia en nuestros encuentros. Me llama la atención que, cada vez, llega más sucio y desarreglado en su presentación personal. Da la impresión de haberse arrastrado entre tierra; generalmente, viene comiéndose algo, con una voracidad que llama especialmente la atención. Su actitud permanente fluctúa entre la rabia y la tristeza, que logro entrever y asumir, pues no me mira a la cara. Irrumpe en el consultorio, no saluda, saca los juguetes o el juego, que quiera jugar solo o que juguemos, y frente a la pregunta más coloquial que yo pueda hacerle, o no me responde o emite monosílabos. A veces, susurra algo que me resulta imperceptible.

Me deja totalmente paralizada. Temo de él un golpe intempestivo, un escupitajo o lo que, en efecto, sucede muchas veces, que salga del consultorio mucho antes de que la sesión termine, dejándome agotada e invadida todo el resto de la jornada, sintiéndome rabiosa e intolerante o, incluso, por qué negarlo, triste. Hay ocasiones,

inclusive, en las que no logro concentrarme el resto de la jornada acompañándome un cierto vacío, mezclado con desesperanza.

Sin embargo, toda su rabia, su suciedad (en cuanto a su presentación personal) y su 'anti-patía' no me llaman tanto la atención, como sí la emisión constante de flatos, estando muy cerca de mí o cuando sale rápido del consultorio dirigiéndose hacia el cuarto de baño, en el que se demora todo el resto de la sesión. Frecuentemente, llama a sus padres para que, seguramente, lo ayuden a asearse. Los noto avergonzados, especialmente al padre, cuando esta situación se presenta. En esas oportunidades, yo me quedo sentada sola dentro del consultorio, con una inmensa sensación de vacío y de impotencia. Por momentos, preferiría que A defecara en nuestro espacio, para poder asearlo como si fuera su propia madre. Otras veces, considero que me sentiría mejor, si A pudiera ponerme más bien en palabras aquello que, supongo, expulsa de manera intempestiva en el excusado.

Pienso, al respecto, que existen dos posibilidades: A logra despojarse de toda su agresividad en mi cuarto de baño, lo cual celebro, en medio de mi malestar; o me agrede con su materia fecal y el producto de todo aquello que se expulsa de su cuerpo. En este último caso, solo alcanzo a vislumbrar su incapacidad para poner en palabras todos sus malestares (los cuales excreta de manera inesperada en el excusado de mi consultorio, que finalmente soy yo) o aún más, soy la afortunada depositaria de toda su rabia, que conmigo sale en forma de materia fecal y no en gritos o golpes. Contratransferencialmente siento un infinito deseo de protegerlo y, a la vez, que lo espero sentada en el consultorio, con una incertidumbre cada vez mayor; a veces quisiera derivar el caso, pues me invade con todo su material y su materia fecal.

No obstante, a pesar de que yo asumo, que conmigo se quedan todos los elementos

agresivos, sucios y degradados, me siguen llegando quejas del colegio, respecto de la conducta violenta y agresiva de A. Me pregunto, si en el colegio también correrá al cuarto de baño o si, simplemente, la guarda para cuando nos veamos...

Lo que pienso, en ese momento, es que me está queriendo decir muchas cosas o, por lo menos, mostrarme cuán grande es el monto de elementos agresivos que tiene por dentro y que necesita dejar a mi cuidado o a mi buen recaudo. Si es así, me siento tranquila, pensando que, por lo menos, puede dejar en mí lo más agresivo e, igualmente, lo más regresivo, como su materia fecal, que, de pronto, ¿no pudo ser recibida por sus figuras parentales? Otras veces, me llama la atención que no me hable, solo dirige nuestro juego, me manda, me hace trampa constantemente, me menosprecia cuando pierdo y sale victorioso de nuestro espacio, como si le satisficiera demostrarme toda su grandiosidad. En esos días, se nota feliz y algo grandioso.

Ocasiones diferentes son aquellas en las que se me acerca, sin querer hacerlo aparentemente, uniendo su pie con el mío cuando estamos jugando en el piso o acercándose como si fuera un gatito (tiene como mascotas dos gatos a quienes hala la cola y persigue asustándolos). Es en esos momentos, además, noto que agarra su oreja de manera casi compulsiva y permanece absorto mirando al piso o al juguete que haya escogido.

Todas estas situaciones se viven 'a diario' en nuestra extraña relación. No entiendo aún por qué sigue viniendo a verme, si no puede decirme nada con palabras, pero estoy segura de que me está diciendo muchas otras en sus salidas intempestivas a defecar, en sus acercamientos físicos, en sus miradas, cuando abro la puerta de mi consultorio y lo hago seguir, cuando se quiere llevar los juguetes y me promete cuidarlos o cuando se muestra complacido porque

yo, a cambio de que se lleve un carrito, se lo marco con tinta imborrable para que "nadie más se lo pueda llevar."

Hay otras actitudes en su relación conmigo, que me llaman la atención. Así como intenta llevarse juguetes, se da cuenta, al instante, cuando modifico algo dentro del espacio físico; opina si muevo un mueble o respecto de mi manera de vestir tal o cual día. En ese momento, pienso que yo no soy solo el cuerpo y lo que hablo, sino que soy los juguetes, el sofá, la planta que vale la pena mencionar, que hala con mucha rabia y queda desgozada luego de que él sale; mi silla de terapeuta y hasta mi cartera, que, a veces, intenta esculcar. Nada del espacio le es indiferente, ni nada de mí. En una ocasión, me dice que estoy muy mal vestida y que, por favor, use otro tipo de ropa 'más bonita'. Todo esto sin mencionar el tiempo que le dedica a mi cuarto de baño, en el que deposita en mí, como he comentado anteriormente, su agresividad, o bien me obsequia algo de sí mismo conteniendo, predominantemente elementos agresivos. En esos momentos pienso, que definitivamente, 'cada cual da de lo que tiene'.

Las oportunidades en las que uno de nuestros pies, o se acerca a mi regazo o a mi pecho, puedo sentir cómo busca también tener un contacto físico conmigo, lo cual alivia mi sensación de un fantaseado resentimiento hacia mí, como ¿bien puede estarlo teniendo hacia D?

Antes de relatar el último suceso transaccional, queriendo dar noticias sobre el destino de A, quisiera comentar, de manera sucinta, que se hicieron necesarias algunas modificaciones ambientales. Por decisión propia, A pasa a vivir con B y, como medida adicional (que ahora considero afortunada) está actualmente en otro colegio, en el que se ha sentido acogido y ha logrado establecer una relación muy estrecha con su directora de grupo, a quien dice querer mucho. No ha vuelto a adquirir posición fetal en clase ni a mostrar otras conductas

regresivas. Tampoco ha vuelto a agredir a los profesores. Sin embargo, continúa teniendo, a veces, conductas de agresividad inesperadas, que coinciden con eventos de cambio en su medio familiar.

Para finalizar esta larga descripción, expongo un hecho bastante interesante. No hace mucho A empezó a inquietarse durante nuestra sesión. Luego de varias manifestaciones, previas a la defecación, salió corriendo hacia el cuarto de baño en el que se demoró largo rato. Tuve la sensación de que era 'más de lo mismo' y esperé pacientemente en el consultorio.

De un momento para otro ingresó nuevamente, se sentó en mi silla 'de terapeuta' y, con cierta sonrisa, dio un par de vueltas en ella y salió contento despidiéndose de manera casual. Una vez cerró la puerta con la fuerza habitual, noté cómo me había dejado una parte del producto de su estancia en el baño. Aun no comprendo cómo logró burlar la vigilancia paterna para llegar al consultorio con su materia fecal, depositarla en mi silla y, por consiguiente y de manera literal, encima mí.

Revisando el material clínico de A existen varios elementos abordados por Donald Meltzer en sus trabajos sobre el análisis de niños. En su trabajo, La recolección de la transferencia, describe cómo el niño que llega al proceso de análisis tiene la particularidad de traer consigo a sus padres, profesores, cuidadores, mascotas, etc. (Meltzer, 1976, Pp. 29-45) Quien se aventura con un pequeño tiene que tener en cuenta que aquél no llegará solo al proceso. En palabras de Meltzer: "La vida de un niño, al comienzo de su análisis, parecería estar colmada de objetos del mundo externo: padres, hermanos, familiares, sirvientes, maestras, animales, juguetes, máquinas y también por elementos de la naturaleza" (Ibid., p. 31).

Durante la exposición del caso, he querido mostrar todas las instancias y personajes de la vida de A, quienes además han ocupado,

también de una manera u otra, el contexto terapéutico. Abrirme paso entre tantos objetos externos, y también internos, no ha sido para nada una tarea fácil.

Así mismo, es evidente, que vigila en forma acuciosa mis cortos encuentros con sus padres en la sala de espera. Al respecto, recuerdo un aparte de Meltzer: "El problema que se nos presenta, en el sentido general de introducir una persona nueva en la vida del niño, podría sugerir, que el estrecho margen entre la amistad y la valencia negativa persecutoria o edípica debe ser utilizado para hacerle ver al niño la existencia de un grado correcto de relación amistosa, pero no demasiado íntima, entre los padres y el extraño" (Ibid., p. 30).

Pienso, que no es tarea fácil mantener y preservar la neutralidad terapéutica, cuando los objetos externos del niño buscan incesantemente la forma de atraer al terapeuta hacia su lado o punto de vista. Me doy cuenta, cada vez más, de que lograr atraer al niño hacia un espacio único y diferente a los demás lleva tiempo, constancia y un buen monto de tolerancia a la frustración. Finalmente, el terapeuta es uno más en la vida del niño, quien debe igualmente poder, de cierta manera, aceptar la invitación a crear y compartir, en palabras de Meltzer, "una tarea privada de cooperación y responsabilidad" (Ibid.).

Cuando recuerdo las sesiones con A en las que, espontáneamente, entra y sale del consultorio, me mira mal, me ignora, me hace trampa, no accede a dejar su helado fuera o sencillamente se sienta en mi silla, sin vergüenza alguna, recuerdo la tendencia del pequeño al *acting out* (descrita de manera apaciguadora por nuestro autor referenciado). Lo anterior me da cierto margen de tranquilidad, pues si concibo a A desde la perspectiva del adulto, bien puedo otorgarle un diagnóstico pesado, por así decirlo; pero si recuerdo "la externalización de su situación interna a través de la actuación"

intento más bien leer entre líneas, y tratar de interpretar cada una de sus actuaciones, como la manera que él encuentra para contarme lo que siente por dentro y, sobre todo, para hacerme manifiesta toda su rabia y tantas otras cosas que aún estoy por descubrir... Aquí.

De la misma manera, he de confesar que varias veces he tenido que agarrarme de la silla, del piso o del lugar en donde me halle, cuando me he sentido masivamente agredida o burlada por él. No han sido pocas las oportunidades en las que ha sido displicente, poco amable y descortés, cuando sale del consultorio y tira la puerta sin despedirse. Aunque, si considero que no se trata exactamente del niño más educado que haya conocido, de todos modos, opino que se trata de la mejor manera que tiene para decirme, que no le gusta que se acabe nuestro tiempo de sesión (¿o eso quiero creer?).

Aclaro, sin embargo, que en otras oportunidades he tenido claro que quiere todo menos estar conmigo, sobre todo cuando lo percibo como recurriendo a la negación, en todo el esplendor de su resistencia o, simplemente, queriendo salir rápido para el Centro comercial o la casa de algún amiguito. Otras veces, D ha prometido un plan 'especial', generalmente acompañado de mucho gusto y hasta regalo, lo cual echa abajo todo intento mío de trabajar.

En cada sesión transcurrida, me he sentido haciendo el papel de varios de sus objetos. Una vez la madre, otras el padre, otras la niñera, la profesora y así sucesivamente. Por citar uno de esos momentos, como el día en el que me pidió que le amarrara los zapatos, como pienso lo hace con su madre. En otras oportunidades, me dirige cuando me pide que arme yo la torre para él, y nunca olvido el día que me encontró sentada frente a mi computador y se molestó mucho, pues seguramente, revivió la escena doméstica de su madre frecuentemente sentada igual, buscando empleo. Entiendo, cada vez con más claridad, que esto es lo que

Donald Meltzer denomina "la recolección de la Transferencia" (Ibid., p 38).

De igual forma, tengo claro que he sido la depositaria, por así decirlo, de la Identificación Proyectiva y también de la Contra Identificación Proyectiva, pues no en pocas ocasiones he actuado como seguramente A lo espera, lo cual me hace también pensar en su fantasía de control omnipotente (Ibidem, cap. II, Pp. 46-60).

De igual forma, sus actitudes narcisistas están a la orden del día. Es llamativo, que suele molestarse si me retraso un poco en hacerlo seguir y pareciera sentirse verdaderamente indignado. En ocasiones, no he terminado de abrir la puerta, cuando irrumpe, casi sin saludar y toma posesión de su espacio, realizando casi que un escaneo ambiental, tal vez para verificar que es el mismo, que es suyo y que no ha sido usurpado o modificado, ni por mi ni por ningún otro en su ausencia. Pareciera como si creyera que, en realidad, el consultorio y la terapeuta son únicamente para él y parte de suya. Por tal motivo, a veces, pregunta si han venido antes de él otros niños o no duda en preguntarme por mis propios hijos, a quienes vio en alguna oportunidad llegar a mi consultorio. Mi pregunta es: ¿Sentirá celos o envidia de otros niños?

En una oportunidad, decidió edificar con bloques un parqueadero para 'su carro' y me hizo prometerle que, cuando regresara, su obra arquitectónica debía estar tal cual él la había dejado. Al día siguiente, cuando vio la estructura casi intacta (lo que implicó para mí pedirle de manera amable a los otros pacientes que tuvieran cuidado al caminar) me preguntó qué habían dicho 'los otros niños', y me hizo la observación, de que una parte estaba dañada y que era porque otro niño había querido, seguramente, jugar o estropearle su trabajo arquitectónico. Me quedó claro ese día, que A estaba exigiendo exclusividad y sientio, además,

que se fue tranquilo sabiendo que yo cuidaría de su creación.

Así mismo, en otras oportunidades, bien sea que tiene afán por irse o que le da rabia que yo anote que se nos agotó el tiempo, deja tirados todos los juguetes y me dice: "tú los recoges, porque yo me voy, ¿oíste?" Nuevamente, me queda clara la condensación de la Transferencia, su narcisismo y control omnipotente. (Ibid., p. 48) Respecto de nuestro espacio terapéutico, es decir, el consultorio, encuentro en las descripciones de Meltzer, referente a "la utilización del cuarto como el interior de un objeto", una forma de comprender todo aquello que A actúa antes, durante y después de nuestros encuentros. Como dice este autor, la forma como entra, sale y tira la puerta (sobre todo cuando siento que no me tolera o que me quiere ignorar o ponerme en calidad de muda observadora).

En relación con sus mandatos y requerimientos, como que yo recoja los juguetes, que no permita que nadie le destruya sus construcciones, siempre le tenga colombina, cuide su carrito azul, pero además, también tolere sus flatos e, incluso, limpie la materia fecal que me deja en nuestro espacio, puedo concluir que he sido designada por las proyecciones de A como un verdadero Pecho Inodoro, en el que deposita un todo constituido por elementos agresivísimos, ¿y otros tal vez no tanto...? Considero que, siempre hay, de todos modos, algo de ternura en cada una de sus manifestaciones agresivas con las que, a veces, siento como si me quisiera alejar. (Ibidem) El episodio de la materia fecal en el consultorio es, definitivamente, la Prueba reina de aquel fenómeno. Curiosamente, en este período estaban los padres recibiendo las mejores noticias del colegio, pues A estaba comportándose muy bien, lo cual los tenía bastante satisfechos. En este momento, pienso en lo que dice Meltzer respecto del "agudo *splitting* del objeto que

puede prolongarse por largo tiempo, de modo que el analista es, de hecho, sólo un inodoro y todas las cosas buenas para ser introyectadas provienen de la madre, la maestra, hermanos, amigos." (Ibid., p. 58) Al parecer, soy para A el 'pecho inodoro' y, como se comentó en un seminario en el que expuse de manera muy breve el caso, me convertí en la depositaria de la materia fecal del niño, y por ende, de su agresividad (Ibid., p. 62).

Al respecto, no puedo evitar transcribir en forma textual lo que dice Meltzer en su capítulo sobre El ordenamiento de las zonas geográficas:

Es en esta fase cuando podemos ver en forma más gráfica la verdad del gran descubrimiento de Melanie Klein, ampliado por los recientes trabajos de W.R Bion, que sostiene que la forma más primitiva de alivio del dolor psíquico se realiza mediante la evacuación, en el objeto externo, de las partes angustiadas del Self y de los restos de objetos internos atacados, recibiendo luego, a través del aspecto introyectivo, los objetos reparados y las partes liberadas del self. En los niños se manifiestan en forma más concreta, cuando orinan o defecan en el inodoro, a veces desafortunadamente, en el consultorio (Ibid., p. 58).

Es sorprendente el cambio que se opera en el comportamiento del niño entre el comienzo y el final de dichas sesiones. Se va alegre, sin decir adiós, con una mezcla de alivio y menosprecio, cuando había irrumpido en el consultorio en forma desorganizada y frenética." (Ibid., p. 58)

Puedo recordar con claridad la cara de satisfacción que mostró A aquella famosa vez en que depositó un poco de su materia fecal en mi sillón. Hasta el momento no ha sido posible

hablar con él al respecto. Ha evitado una y otra vez el tema, a pesar de que yo he intentado introducirlo. A lo anterior, se suma el hecho de que llegaron las vacaciones y asumo que tendré que confiar en que el material vuelva en algún momento, cuando no la repetición del acto. Tengo claro que, como dice Meltzer, logro 'tolerar y navegar' en aquellas aguas, en las que, honestamente, no sé, a veces, qué pueda encontrar. Habla, igualmente, de 'confusiones geográficas'. Al respecto, es evidente que A deposita en mí parte de él y él se hace mío, por así decirlo. Son estos momentos en los que me siento capaz de contener sus risas, sus caricias y acercamientos, pero también su materia fecal y absolutamente toda su agresividad. Sin embargo, tengo clara mi posición de Objeto Parcial, la cual aspiro a abandonar en algún momento.

No creo, hasta ahora, estar tan cerca de alcanzar la etapa de las confusiones zonales, en la cual, según Meltzer, ocurre la aparición del complejo edípico en sus formas genital y pregenital. (Ibíd., Cap. 3, p. 62) Por el contrario, siguen dándose intensa y masivamente todos aquellos fenómenos de Identificación proyectiva masiva, en los que, como dijo una profesora de su colegio: "Uno vive con ese niño dentro de su cabeza y su corazón todo el tiempo." De la misma manera sigue generando una Contratrtransferencia que se percibe por medio de sentimientos como rabia, odio, tedio, amor, compasión, etc.

En mi concepto, es evidente que aún está en pleno funcionamiento el mecanismo de Identificación Proyectiva, el Control omnipotente y el Narcisismo. No obstante, observo, a veces, algo de ternura en toda esta avalancha de rabia contenida, seguramente desde el vientre materno.

Como objetivo fundamental en este proceso aparece el que A pueda concebirme como Objeto

Total, logre diferenciar el adentro del afuera, lo suyo de lo no suyo y, por ende, abandone la masividad de sus manifestaciones agresivas, sobre todo.

Por otro lado, pretendo que ello le permitirá estar más organizado internamente y, así mismo, poder ordenar sus pensamientos, para, igualmente, poder comunicarlos de manera más efectiva, menos regresiva, utilizando la simbolización a partir de las palabras, como movimiento de simbolización.

Fantaseo con la posibilidad de poder empezar a 'palabrear', por así decirlo, lo cual se constituirá en el triunfo sobre el *acting out*, pues solo cuando se es capaz de verbalizar el malestar, se pasa a un plano en el que el acto violento y agresivo cesan, dando paso a la palabra. De alguna manera, siento que, en el momento en que pueda hablar más tranquilamente conmigo, será porque no me identifica con figuras persecutorias ni estará necesitado de ejercer sobre mí el control omnipotente. Podrá, igualmente, tolerar la envidia que siente por los otros niños que me visitan e, incluso, por el que él mismo ha denominado 'el niño fantasma', que, en su fantasía narcisista (pensaría yo), osa usurpar su espacio e, inclusive, cambiar los juguetes de lugar.

Estoy segura de que nos falta recorrer aún un buen camino para dar paso a los más afortunados momentos de la Posición Depresiva en la que espero poder vivir al lado de A una reconfortante reparación. Esperaré ese día en el que aspiro a que ambos respiremos nuevos aromas, de contenidos menos turbios y agresivos.

REFERENCIAS

Meltzer Donald. *El proceso psicoanalítico*, Buenos Aires, Editorial Hormé, 1976.

ESPERANZA, ILUSIÓN Y PARTICIPACIÓN

CECILIA MOISE¹

El recorrido que lleva hasta el sujeto no está libre de riesgos. Estos exponen al Ser humano a vulnerabilidades en su constitución, con las consecuencias de sufrimiento que ello implica. Esta obra no considera posible prevenir la aparición de una enfermedad o síntoma, pero sí sostiene que resulta previsible. Toma la posibilidad de buscar Salud participativa y comunitaria, esperanza, ilusión, utopía y sus contrarios, desilusión, espejismo. Esperar es, entonces, confiar en la vida frente a la muerte. ¿Todos los problemas provienen de nuestra libertad?, es decir, ¿son problemas éticos? Solo algunos lo son. Otros son más de raíz, se trata de cuestiones acerca de la verdad. Se trata de transformar al hombre en sujeto de su Historia, no en mero objeto.

Parto de la convicción de que existe, en la sociedad, una demanda por mayor calidad de vida, que no se puede dejar de lado. Por lo tanto, resulta imprescindible realizar aportes en torno a los nuevos o renovados malestares en la cultura y las expresiones de sucesivas, situaciones traumáticas que, desde la realidad social, van dejando su impronta en el psiquismo, en la subjetividad; profundizar aportes que el Psicoanálisis pudo hacer a la sociedad en cuestiones que nos atañen, y tomar en cuenta todo aquello que pueda coadyuvar al alivio de su sufrimiento y su padecer.

¿POR QUÉ NOS HACE FALTA CENTRARNOS HOY EN LA ESPERANZA?

¿Todos los problemas provienen de nuestra libertad?, es decir, ¿son problemas éticos? Solo

algunos lo son. Otros más, en la raíz; se trata de cuestiones acerca de la verdad. La globalización es la visión abstracta y no concreta de la realidad. Como si no tuviéramos realidad singular, personal, libre. No existe, ni mucho menos, el nosotros comunitario.

Una visión abstracta de lo político reduce la sociedad a votos; una igual de lo económico la reduce a bienes. Solo reducir, cortar, amputar. La solución sería que el hombre y lo social sean sujetos de su Historia, no meros objetos. Volver a ejercer actos de confianza, ya que lo que el árbol tiene de florido, vive de lo enterrado.

EL DON DE ESPERA

Lo bueno de un don es que podemos contar con él; está puesto en manos de nuestra libertad. Hay condicionamientos, todos los límites lo son. El límite principal es la muerte. Esperar es confiar en la vida en vez de en la muerte. El concepto de ilusión, según Julián Marías -quien historiza esta palabra, a partir de la Edad Media-, tuvo una connotación negativa: engaño, quimera, fantasía como realidad. A partir del Romanticismo, ilusionarse ha tenido un significado positivo.

La ilusión tiene por base el deseo, no es un acto puramente mental; es más amplio que la voluntad. Quien está ilusionado está, ante todo, vivo, abierto a la aventura de vivir, capaz de asombrarse por las cosas, de fantasear. No se vive en la dimensión inmediata del presente, sino desde un pasado y hacia un futuro. Si no hay futuro no hay ilusión.

¹ Asociación Psicoanalítica Argentina; ceciliamoise@fibertel.com.ar.

La ilusión no está divorciada de la Esperanza, pero se trata de un deseo de dimensiones más terrenales, más cercanas a la cotidianidad humana. Tampoco hay ilusión sin pasado; se proyecta sobre el futuro, pero gracias al argumento esbozado desde el pasado. Freud decía sobre los sueños... "¿qué son nuestros sueños actuales, sino los deseos del niño del pasado dentro de nosotros?".

Tampoco hay ilusión sin capacidad para vivir el presente, que tiene la estructura de una trayectoria que crece desde la presencia y antigüedad de lo ya vivido, y de lo que se está viviendo, la latencia de lo nuevo y futuro. Sentir o tener ilusión por algo o alguien no significa engaño. Puede ser aquel a quien le es dado ver más, captar más. Ilusionarse no sería guiarse por las apariencias, sino ser capaz de ver más allá de ellas... Sería el efecto subjetivo, fruto del descubrimiento de algo real y objetivo. Entonces, si no hay algo concreto por lo que ilusionarse, pueden ser falsas ilusiones... En Encontrar la alegría: el juego como camino de encuentro. A. Zanetti de Savarti cita a D. Winnicott, quien habla de privación al referirse al estado que revela la pérdida de algo bueno, que alguna vez se tuvo; y nostalgia por algo positivo que se nos ha quitado. Lo diferencia de privación, que es carecer de algo que nunca se tuvo.

Necesitamos de movilizadores emocionales externos, que nos despierten la esperanza y nos inviten a creer. Para Winnicott, sería la posibilidad de construir un interior, habitado por la alegría de saberse amado, que es la base sobre la que se edifica la seguridad en nosotros mismos. Pero, ciertas condiciones se necesitan: Intercambio de confianza y aceptación mutua; el niño puede crear un espacio transicional, donde se instaure la posibilidad de lo simbólico, condición para el desarrollo del juego, el trabajo y el mundo cultural.

Posibilidad de crear y recrear, simbólicamente en su interior, una realidad externa

que se quiere transformar. La creatividad es el antídoto más eficaz ante la depresión. El juego es el camino privilegiado. ¿Qué es jugar? Es entrar en diálogo con el mundo desde el interior de uno mismo, sin otra pretensión que el placer de disfrutar de esa posibilidad. Es lo opuesto a lo utilitario, no es deseo en sí, se hace para conseguir otra cosa, lo opuesto a la apariencia (obligación de parecer que destruye la interioridad). Jugar es superar lo que nos divide; posibilidad de vivir un espacio compartido, sin otra finalidad que estar juntos, en la alegría de lo que nos gusta.

El niño que no puede jugar se aburre; se vuelve hiperdemandante, no puede aprender. El juego solo puede desarrollarse en el contexto de relaciones de confianza mutua. Si alguien hace trampa se acaba el juego. Obliga a cuidarse y defenderse, se destruye la relación de cooperación, colaboración y cariño. La mentira, la hipocresía, destruyen toda posibilidad lúdica, vincular, creativa; jugar no es ganar. Es gratuidad y es encuentro.

Hoy, la voz de lo comunitario parece tener el protagonismo. Pero la comunidad nace desde los vínculos de interioridades que pueden compartir sin excluir.

Moise C., en Prevención y Psicoanálisis. Propuestas en salud comunitaria (1998) sugiere que Freud, en El malestar en la cultura ([1929] 1930), planteaba "¿Qué es lo que los seres humanos mismos dejan discernir por su conducta, como fin y propósito de su vida? ¿Qué es lo que exigen de ella, lo que en ella quieren alcanzar? No es difícil acertar con la respuesta: Quieren alcanzar la dicha, conseguir la felicidad y mantenerla." Describe, entonces, un aspecto positivo, vivenciar intensos sentimientos de placer, y otro negativo, ausencia de dolor y displacer.

Lo que, en sentido estricto, se llama 'felicidad', corresponde a la satisfacción, más bien repentina, de necesidades retenidas, con alto grado de éxtasis, y por su propia naturaleza,

solo es posible como un fenómeno episódico. "Si una situación anhelada por el Principio del placer perdura, en ningún caso se obtiene más que un sentimiento de ligero bienestar; estamos organizados de tal modo que solo podemos gozar con intensidad el contraste, y muy poco con el estado. Ya nuestra condición limita nuestras posibilidades de dicha" (Freud, [1929] 1930).

M. Alizade (1985-86) define felicidad, como un estado de ánimo que se complace en la posesión de un bien; se pregunta sobre los soportes intrapsíquicos que permiten el acceso a la felicidad y las estructuras matrices sobre las cuales podrán instalarse experiencias felices. Dice, que es un estado que corresponde al orden de los fenómenos altamente valorados por el hombre, inscripto en el ideal del Yo.

Describe tres clases de estadios: 1) Uno proviene de la expansión narcisística infantil omnipotente; 2) Otro, la felicidad-bienestar, producto de transformaciones narcisísticas y de la elaboración de la castración, base de la cultura, que linda con la creatividad; y, por último, 3) La felicidad producto de la satisfacción directa de la Pulsión.

El Hombre cree que Dios hizo el mundo para ser feliz, se comporta como si esa posibilidad existiese y endilga la culpa, por no serlo, a las interferencias de los que son distintos. Así, los controladores explotan el miedo, le dicen a la gente "nosotros cuidamos de ti". Por eso, los líderes mesiánicos arrastran multitudes, mientras que la capacidad creativa y autónoma se construye con un sujeto no masificado. El Psicoanálisis tiene una comprensión del dominio del placer, es decir, la evitación del sufrimiento, como posibilidad real de que un sujeto realice ciertos valores de salud, placer, satisfacción, en relación a un conjunto, a los vínculos que mantiene con los demás.

De esta manera, nosotros no tendríamos gran dificultad en pensar que la comunidad participa, no solo en los procesos de reparación mental, sino que, además, es realmente un

elemento constitutivo de las condiciones de bienestar. Es decir, que la posibilidad de intervenir en procesos de reparación, permite que un sujeto sea integrado. Un sujeto que circula en los niveles simbólicos de las relaciones sociales tiene mayores recursos psicológicos, para una acción específica sobre sus condiciones de existencia. En efecto, analizar cualquier forma 'condicionada' de saber social, por ejemplo, los procesos inconscientes, implica postular un mundo posible, donde los seres humanos pueden obrar creativamente, y reflexionar sobre sus condicionamientos represivos y desfiguradores.

Freud decía que el Hombre no solo se frustra porque ingresa a la cultura, sino que crea cultura como una superación sublimada de esa misma frustración. ¿Cómo hablar de lo humano sin entenderlo como social y cultural? ¿Cómo de lo social sin advertir que la sociedad es la creación anónima y plagada de nombres, de grupos y de individuos? No obstante, las medidas y recomendaciones que se proponen e implementan, desde las campañas que representan al Estado y al saber, son siempre restrictivas. Parece impensable que las campañas de Salud pública generen mensajes que sugieran: Disfrute más de la vida, confíe más en su vecino.

Nos queda por pensar que la salud debería ser un ensayo utópico de ensanchamiento del espíritu, de la experiencia de apertura y encuentro. Interpretar la prevención como futurología, confunde la idea de 'anticiparse a'. Pero, hay algo más complejo aún y es situar la satisfacción en el futuro. La Esperanza está puesta allí, y la prevención -al menos así la concibo- debe permitir dar mayor importancia al presente, debe habilitar para el 'aquí y ahora'. Por lo tanto, para proyectar y planificar no deberíamos apelar a inculcar ideas, sino compartir soluciones innovadoras, partiendo del estímulo permanente de la propia creatividad.

A mi entender, el Psicoanálisis, que se propone como respuesta participativa y solidaria

a las expectativas de la sociedad, no debería procurar la cura de la comunidad (abstractamente entendida), en vez de la cura del individuo. En este sentido, coincido con Piera. Aulagnier, quien, en *El sentido perdido* (1984), ofrece una escucha que admite que el paciente tiene, como sujeto social, derecho a soñar la sociedad en la cual le gustaría vivir, así como a ser ayudado a procesar las contradicciones de su tiempo histórico, social e individual. Es, también, obligación del analista, advertir que sus propios juicios, como sujeto social, tienen efectos en quien escucha. Los juicios del terapeuta dependen de su ubicación frente a los hechos de la cultura y de la sociedad.

Hannah Arendt advierte:

El mundo no es humano por haber sido hecho por hombres, y no se vuelve humano porque en él resuena la voz humana, sino solamente cuando llega a ser objeto de diálogo. Por muy intensamente que las cosas del mundo nos afecten, por muy profundamente que puedan emocionarnos y estimularnos, no se hacen humanas, para nosotros, más que en el momento cuando podemos debatirlas con nuestros semejantes. Todo lo que puede llegar a ser objeto de diálogo puede muy bien ser sublime, horrible o misterioso, incluso encontrar voz humana, a través de lo cual resonar en el mundo, pero no es verdaderamente humana (La condición humana, Barcelona. Paidós, 1993).

La anterior cita menciona la importancia que la instancia dialógica cumple para la condición humana, al llevar a cabo el trabajo elaborativo. Frente a los conflictos presentes en la vida en comunidad, considero que resultaría aplicable un concepto 'memoria colectiva' para una propuesta preventiva de los grupos humanos. En ella encontrarían posibilidades para

el desarrollo de cambios sociales que podrían propender a su bienestar. Una red social, una comunidad humana que niega o silencia sus problemas, exige camuflar el descontento y envía a sus miembros a la adicción o al suicidio. Lo callado se hace síntoma, destruyendo individuos y redes sociales. Por eso, proliferan los grupos de autoayuda, denominación que debería ampliarse bajo la categoría de 'mutua ayuda', haciendo especial hincapié en la riqueza vincular del encuentro, y dejando de lado la rotulación con el problema común que aqueja a los integrantes de los grupos.

Esta modalidad de agrupamiento permite el entramado de sostén, que la falta de solidaridad rehúsa, pero el precio es la etiqueta, que no permite ingresar a la macro red. Son los 'Anónimos...' no pueden poner cara y nombre a sus sufrimientos. La limitación producida por la reducción de las personas a un solo rasgo -el adicto, el alcohólico, los homosexuales- deteriora la riqueza del intercambio de la multiplicidad de posibilidades, que quedan suspendidas en todos los otros rasgos, que también, indefectiblemente, se ponen en juego. Expresarse es una tarea ardua, difícil, y debe ser permitida y alentada, soportando los riesgos de sus desbordes, que nunca ocasionarán los daños de su represión.

La producción de valores de salud es colectiva; pero la salud que nos creemos es individual: es necesario tener consenso o mirar a los demás, para decir que somos normales, aunque vamos solos en busca de la perfección corporal y sus posibles adversarios. Es hora de cuestionarnos si nos hemos acercado a una vida de más valor por el mero hecho de fumar menos, o hacer *footing*, o evitar que los ladrones nos roben, o que otro conductor descuidado nos choque. Si uno quiere vivir más tiempo, es mejor que intente con algunos de estos recursos. Pero la pregunta es: ¿Cómo se hace para vivir mejor, produciendo y festejando encuentros, más que

'solamente' evitando tomar riesgos, encerrándose en ficciones carcelarias e individualistas?

Romper con modelos imitativos de consumo, no solo conjura la dependencia cultural, sino que, también, hace posible un uso más eficiente de los recursos generados. El desarrollo de la autonomía multiplica la 'conciencia crítica' y, con ella, las expectativas de participación de múltiples sectores sociales, lo cual se traduce en demandas movilizadas en procura de cambios.

La prevención en salud tiene efectos verdaderamente positivos, cuando ha enraizado en los núcleos organizacionales espontáneos de la comunidad, cuando la cultura democrática de la solidaridad y la participación ha entrado en las escuelas, cuando los jóvenes cuentan con canales de expresión y contención que los integren y no los excluyan o les propongan modelos de identificación sostenidos por emblemas individualistas, viabilizados, en gran parte, por los medios de difusión masiva, especialmente radio FM., red de computación, televisión. Estos modelos operan bajo un concepto empresario estereotipado, regido por las leyes del mercado, donde lo que manda es el *rating*.

El *rating*, entonces, no solo moviliza productos y servicios, sino también creencias, valores, ideas, modalidades y estilos de relaciones vinculares. Pero, el verdadero problema no es el medio de comunicación, sino el uso que se hace de él. Implementar experiencias participativas, dentro de un sistema o institución autoritaria y burocrática, produce dificultades y barreras provenientes de la internalización, de esas estructuras, por los individuos que ocupan posiciones de dependencia y subordinación. Por ejemplo, el temor a la pérdida del trabajo. El concepto de participación está relacionado, además, con lo creativo, que aumenta la capacidad sublimatoria del sujeto: es un valor de salud. Una persona que participa está más saludable, porque en el intercambio ejercita el reconocimiento de diferentes estímulos, su

receptividad, el desarrollo de sus afectos y la autoestima. Para ejercitarlo, resulta interesante diferenciar entre información administrada por otros, del conocimiento, como algo que permite aumentar las posibilidades de elección: cuanto más amplio es el rango de elección, mayor libertad, entendiendo que esta no se otorga, sino que se construye.

La acción de participar, de hacerse 'parte de', de compartir, remite a una estrategia opuesta al individualismo. La participación debe abordarse como una estrategia, en prevención contra el cambio, y por ello, debe precisarse quiénes son los llamados a participar, para qué, y con qué instrumentos lo harán. La participación de la comunidad entera en las decisiones sociales es un fin, en sí misma, Pero también, es un medio esencial para el logro de la satisfacción de las necesidades, de manera eficiente, y con la necesaria movilización social. Una acción cultural que se apoye solo en las necesidades manifiestas de la población, sin considerar la existencia de necesidades subjetivas, corre el riesgo de implementar actividades que solo conduzcan a un mantenimiento del *status quo*, y no a una modificación de las tendencias espontáneas.

Deberíamos investigar en qué medida las prácticas culturales, los modos o formas de vida cotidiana de la gente facilitan o inhiben la satisfacción de las necesidades. Esto podría permitirnos la elaboración de indicadores, de tal modo que, al modificar dichas prácticas, se actúe comunitariamente sobre el campo preventivo.

Partiendo de las formas que se expresan para reivindicar lo subjetivo, los modos en que vivimos nuestras necesidades son siempre subjetivos; y cualquier generalización parecería resultar arbitraria. Pero, cuando el objeto de estudio es la relación entre Ser humano y sociedad, la universalidad de lo subjetivo no se puede soslayar. El carácter social de la subjetividad es uno de los ejes de la reflexión sobre el Ser humano concreto. Las necesidades revelan, de la manera más

apremiante, el ser de las personas, haciéndose palpable, a través de estas, en su doble condición existencial, como carencia y como potencialidad.

Definir o evaluar un medio en función de las necesidades humanas no basta; además, hay que analizar las posibilidades que el medio propone para su satisfacción, tratando de relacionarlas con las prácticas sociales, las formas de organización, los modelos políticos y los valores imperantes.

En El porvenir de una ilusión, Freud plantea

(...) el grado de interiorización de los preceptos culturales: el nivel moral de sus miembros no es el único bien anímico que cuenta para la apreciación de una cultura. Están, además, su patrimonio de ideales y de creaciones artísticas, satisfacciones obtenidas en ambos. Define a sus ideales como valoraciones que indican cuáles son sus logros más apetecibles (Freud, S. 1921).

En el capítulo VI, dice

Una ilusión no es lo mismo que un error; tampoco es necesariamente un error (...) Lo característico de la ilusión es que siempre deriva de deseos humanos (...) la ilusión no necesariamente es falsa, vale decir, irrealizable o contradictoria con la realidad (...)

Llamamos ilusión a una creencia cuando su motivación es fuerza, sobre todo, el cumplimiento del deseo, y en esto prescindimos de su nexa con la realidad efectiva, tal como la ilusión renuncia a sus testimonios (...)

(...) Sería una indudable ventaja dejar en paz a Dios y admitir honradamente el origen solo humano de todas las normas y todos los preceptos de la cultura. Con la pretendida sacralidad desaparecería

*también el carácter rígido e inmutable de tales mandamientos y leyes. Los hombres podrían comprender que fueron creados no tanto para gobernarlos como para servir a sus intereses, los mirarían de manera más amistosa, y en vez de su abolición se propondrían como meta su mejoramiento (Freud, S. *Ibid.*).*

Abramovici, al comentar el libro de M Alizade Lo positivo en Psicoanálisis: implicancias teórico-clínicas (1985), plantea:

El momento del poder de lo negativo, nada tiene que ver con negativismo o negatividad, es paradójicamente, potencia positiva de cambio. Pensándolo la salud mental como un lazo social en constante resistencia a la reinstalación de lazos narcisistas; y que no cura ni es saludable aquello que religue a las personas produciendo patologías de desmentida y efectos de masa artificial. Nos curamos en salud "llevando a cabo el cultivo cotidiano del potencial de bienestar (pág. 106).

El chiste, el humor y la comicidad. La alegría, la felicidad, y aun la magia, son teorizadas metapsicológicamente como manifestaciones de la gran pulsión erótica de la vida. Interactúa como este Superyó protector, con el lugar psíquico y real que Freud le adjudica al otro como aliado, como colaborador, como auxiliar, en la línea de la fraternidad objetal de mujeres y hombres. Dice que Mariam termina su libro con la frase: "La expresión de la pulsión de vida encuentra obstáculos, una y otra vez. La lucha por la salud o la defensa de la alegría (Serrat) son prioritarias, cuando la sociedad del siglo XXI no propicia más, desde el poder, el cuidado y la felicidad de los pueblos" (Rev APA Secc Comentario de libros-1986).

Eduardo Chaktoura publica en el diario La Nación (Argentina) un artículo (2012) sobre la esperanza; esboza, "estado de ánimo en el cual se nos presenta como posible lo que deseamos. Es bueno saber que uno puede esperar lo mejor y trabajar para lograrlo, más allá de los obstáculos que encontremos en el camino. Asociada al optimismo, la esperanza nos ayuda a tener una visión más positiva del mundo. ¿Por qué no pensar que, pese a todo, podemos lograrlo?"

La esperanza es una virtud que aprendemos desde muy pequeños; ya desde los primeros años de vida se establecen las bases de lo que será nuestro potencial para alcanzar lo que nos proponemos. En cada etapa de la vida, un proyecto y una estrategia esperanzadora ponen en marcha nuestro deseo, acompañado de un plan propicio para sostenerlo y alcanzarlo. Para evitar desajustes y frustraciones es conveniente tener en cuenta tres factores: 1) La valoración que hacemos del objetivo; 2) Los pensamientos y expectativas que tenemos sobre los caminos que creemos necesarios para llegar, y 3) La valoración sobre el grado de eficacia personal para seguir las vías que conducen al objetivo.

La esperanza es sinónimo de buena salud, física y psíquica. Las personas optimistas o esperanzadas tienen mayores recursos y posibilidades para afrontar situaciones, vencer obstáculos o limitaciones. La esperanza promueve el encuentro, la convivencia placentera y sostiene las relaciones positivas.

En uno de los capítulos del libro *Psicoanálisis y Sociedad*, con el grupo que coordino, planteamos:

Los ámbitos y las formas de construir lazo social han cambiado rápidamente. Si hay un componente, cuya presencia es requisito, este es el de la confianza, confianza en otro, sea este una persona, una institución o una idea. Se trata, en

todo caso, de ponernos a pensar cómo desde el lugar de cada uno, reconstruimos entramados colectivos que nos permitan reconocernos a nosotros y al otro en esa trama. Ocupar un lugar, entre un conjunto de semejantes, es la condición, a partir de la cual, puede funcionar el campo de la ilusión, de la coincidencia, del 'entre dos.' La pertenencia tiene que ver con una apropiación del sujeto de un espacio técnicamente existente, de un lugar, y es dado y confirmado por otro, o por su conjunto (pág.103).

Un mundo sin esperanzas es un mundo inhabitable. Ahoga la imaginación y el pensamiento y decide, por fin, la parálisis de la voluntad. En todo caso, se requiere el reconocimiento de nuevos valores, o si se quiere, de viejos valores revitalizados en el nivel más profundo de la experiencia. O mejor aún, no de valores viejos, sino de valores permanentes –que, por permanecer, son jóvenes– y pueden generar nuevos resurgimientos.

Junto con Elsa del Valle, conceptualicé el poder como aptitud, capacidad de hacer,.: 1) Del poder sobre-relacionado con la dominación y el control; 2) Del poder que tiene que ver con habilidades y potencialidades, y 3) Del poder con, o participativo, que tiene que ver con la influencia recíproca de determinadas capacidades, en distintas personas.

Suponer irreversible la realidad, implica una profunda desconfianza en las posibilidades de la condición humana y una visión determinista de la historia. El Ser humano goza de un privilegio del que carecen los demás animales: el derecho a disentir, en las elecciones de sus lazos sociales de convivencia. No nos podemos definir sin nuestros objetos, tampoco sin ideales, y las normas que regulan los vínculos entre los sujetos son, para todas las épocas históricas, producción cultural de máximo valor.

El Psicoanálisis no solo cura, sino que también previene; no es un slogan, sino el esfuerzo, en la práctica de muchos profesionales, de llevar ayuda al sufrimiento humano, de la forma más eficaz y duradera posible, tratando de lograr un cambio psíquico que ayude a las personas a hacerse responsables de sus deseos y adecuar sus defensas a una realidad difícil de sobrellevar, desarrollando, para sí, una reflexión que las una a una vida de mayor bienestar.

En el campo social, trabajamos tratando de volver a unir los lazos fragmentados, rescatando las identidades perdidas o devaluadas, intentando la aceptación del otro, como diferente y semejante al mismo tiempo. Para lograr todo eso, necesitamos tiempo y espacio, que no se regulan con las leyes de un mercado de poder desconocido. Liberar al ser humano de dichos condicionamientos, volviéndolo autónomo y al mismo tiempo solidario, desarticula un sistema de salud que solo se evalúa por su rendimiento, como si la salud fuera un gasto y no una inversión para construir un mundo posible, pero mejor.

No hay destinos manifiestos ni decadencias irreversibles. La historia no la hacen los dioses, sino los hombres con sus acciones y omisiones. La historia no terminó, nos queda siempre la esperanza de que lo que todavía no ha sido, será mejor que lo que ya fue. De las tres consignas de la Revolución Francesa, sigue incumplida la que reclama, en clave alegórica, Fraternidad. Es muy probable que, si no se retoma el camino (asintótico) hacia la realización de esa utopía, se agravará el colapso del sentido de la propuesta o desafío, que experimentamos, y que implica a las otras dos consignas, Libertad e Igualdad. Hemos comprobado que las tres van juntas, y que si así no ocurre, se desintegra el proyecto histórico que aquellas auguraban.

Transcribo una entrevista que Silvia Bacher me realizó para una publicación, que se iniciaba con la siguiente pregunta: "¿Cómo reflotar la

esperanza en los jóvenes? ¿Qué sentido tiene, para un adolescente, participar hoy en una sociedad en donde se promueve más el estar conectados que el estar reunidos?"

Mi respuesta fue, que hay un antropólogo, creo que es Mac Auge, quien dice algo interesante al respecto. Dice que estar conectado con alguien no significa, necesariamente, compartir la emocionalidad de algo. Que me comunique con alguien, vía internet, no necesariamente quiere decir que lo conozca. Me parece, que el concepto de estar reunidos habla de una cierta interacción, del cara a cara, donde, además de lo que el otro me dice -que tiene carácter de lenguaje y, por lo tanto, una capacidad simbólica para expresarlo-, también recibo una mirada, que puede ser de agrado, de desagrado, de rechazo, de acercamiento; una expresión que me aúna, de alguna manera, subjetivamente, con el otro.

Cuando hablo de esto, siempre digo: El avance tecnológico de la informática ha logrado un acceso a información de tal magnitud, que a veces ni siquiera puede ser procesada en la mente de cada sujeto. El mundo se ha hecho mucho más extenso, pero, al mismo tiempo, ha dejado fuera de esas expectativas a muchos seres humanos, a quienes esa información se les ha hecho inalcanzable. Entonces, podemos decir que estos avances no forman parte de algo que podríamos llamar 'deseo humano', es decir, el deseo que se va construyendo en una trama social.

La otra pregunta fue: "Frente a esta complejidad, ¿qué implica, actualmente para los jóvenes, participar de proyectos?" Le contesté: Significados; debería haber muchos. Primero, deberíamos observar, "qué pasa alrededor de los jóvenes". Creo que, hoy por hoy, los jóvenes son, particularmente, un grupo de riesgo. Recuerdo, que en mi juventud, hacer un proyecto, fantasearlo, desearlo, querer participar, era algo absolutamente factible. La posibilidad de armar

un proyecto estaba estimulada desde varios puntos de vista. Por ejemplo, desde el familiar y, también, desde el social. Los padres querían que los hijos pudieran llegar a alcanzar, incluso, cosas que ellos no habían logrado, y había un consenso social, en que el joven se estaba formando para un futuro mejor. Así que lo que afirmo es que, primero habría que preguntarse qué posibilidades hay de reflotar esa esperanza en los jóvenes. Este me parece un punto nodal para la posibilidad de una juventud más saludable en el futuro cercano y con mejores posibilidades de armar su propia familia.

La nueva pregunta fue, "¿cuáles vías podrían ser eficaces para realizar un trabajo de cuidado y prevención entre jóvenes?" Le contesté: Nadie resuelve un problema, si primero no reconoce que lo afecta. Nosotros, los Psicoanalistas, decimos: "No tiene consciencia de él"; ese problema es inconsciente. Entonces, hablamos de un conflicto que se manifiesta o que, en cambio, permanece latente. Siempre la palabra 'conflicto' tuvo mala prensa y lo común era negarlo, tanto en las diferentes comunidades como dentro de las instituciones.

Un primer paso -y aquí le voy comentando cómo trabajamos desde los equipos de prevención que he coordinado-: tenemos un eslogan que suena medio tonto, pero que es muy útil: "Vamos a hacernos amigos del conflicto". Y, ¿qué es hacerse amigo de un conflicto? Es que, cada uno, pueda pensar en las cosas que le molestan y que le gustaría que fueran de otra manera. Entonces, mediante talleres de reflexión, hacemos participar a los jóvenes y les mostramos tres carteles. En el primero, le decimos: "nombremos todas las cosas que no nos gustan de este barrio (por ejemplo) y que nos gustaría cambiar, y hacemos un listado de problemas: Higiene, seguridad, etc., los evaluamos y los clasificamos según su importancia.

En el "segundo cartel", preguntamos: "¿Ustedes hicieron algo por estos problemas?". Y

anotamos qué hicieron. "Yo fui e hice una denuncia" o "yo fui y presenté un expediente que había que presentar" y, luego de reflexionar sobre la permanencia de los problemas, a pesar de las acciones, realizadas y/o no realizadas, exponemos un último cartel que lleva por título 'acciones a futuro', donde se sintetiza qué se resuelve hacer desde los talleres, hacia el futuro.

Esto nos dio buenos resultados. Primero, porque logramos que se reconociera un problema, que se hiciera consciente, que no se temiera, en el sentido de negarlo o pasarlo por fuera de la responsabilidad de todos. Y todo eso va fortaleciendo la participación, lo que el Psicoanálisis llama 'los lazos libidinales', es decir, los lazos de amor, que ligan a la gente de una manera que crea en ellos el valor de la solidaridad. En definitiva, el Psicoanálisis puede hacer prevención, tratando de conscientizar lo negado, para no repetirlo; fortalecer el lazo libidinal entre los seres humanos, y además, buscando cuáles son las figuras con las que los jóvenes pueden identificarse mejor, es decir, fortaleciendo los núcleos de identificación.

Para terminar, recuerdo que Freud planteaba la gravitación que tenía, para el desarrollo y afianzamiento de la teoría, el concepto 'autoridad social'; me pregunto qué está sucediendo en la actualidad. Este llegó a adquirirla, porque, en determinado momento, pudo brindar respuestas a distintas necesidades concretas del Ser humano.

Creo que no se trata de cambiar las respuestas ante lo que se plantea, sino de formular nuevas preguntas. Los momentos de crisis son buenos analizadores, porque dejan y producen rendijas, por donde uno puede abrir una brecha y, así, acercarse a vislumbrar lo que sucede. ¿Cuáles serían las nuevas preguntas? ¿Qué es lo nuevo que necesitamos saber? ¿Qué es lo más urgente? ¿Podemos actuar o ser eficaces en la urgencia? Frente a la crisis, ¿somos un interlocutor válido?

No podemos reclamar, meramente, que curamos a los pacientes y enseñamos a los estudiantes, sin intervenir en los procesos que forman y transmiten valores e ideales en la sociedad. ¿Estimulamos ilusiones, esperanzas y participación?

BIBLIOGRAFÍA

- Abramovici, R.: Comentario al libro de Alizade: *Notas sobre la felicidad*.
- Alizade, M.; Notas sobre la felicidad, en *Revista de APA*, Buenos Aires, 1985/6.
- Arce J, Del Campo, A, Moise, C, Parcansky, J: *Investigación de necesidades en un área urbana*. Diplomatura ESPUBA, Buenos Aires, 1989.
- Arendt, H.: *La condición humana*, Bs As, Paidós, 1993.
- Aulagnier, Piera. *El sentido perdido* Bs As, Trieb 1980.
- Bacher, S.; *Diálogos sobre comunicación y juventud*. Gob. BsAs-Unesco.2002.
- Chaktoura, E., *Diario La Nación Argentina* 2012. (¿Fecha?)
- Del Valle, E; Moise, C: *Psicoanálisis y poder*, en *Revista APA*, número especial internacional, n° 5, Buenos Aires, 1996.
- Devoto F.: El pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad. En *Comunio*-Año 8-N° 2.de 2001.
- Elliott, A.: *Teoría social y Psicoanálisis en transición*, Buenos Aires, Amorrortu, 1995.
- Freud, S (1910): La perspectiva futura de la terapia psicoanalítica" en *Obras Completas*. Amorrortu, 1979, T. XI.
- _____ (1921): El porvenir de una ilusión, en *O.C.* Amorrortu, 1979, T. XXI.
- _____ (1930 {1929}) El malestar en la cultura en *O.C.* Amorrortu, 1979, T. XXI.
- Galende, E.: *Psicoanálisis y salud mental. Para una crítica de la razón psiquiátrica* Bs. As. Paidós 1990.
- Gines, A.: Posibilidades de interacción entre el Psicoanálisis y los serv. Doc-asistenciales de salud mental, en *Temas de Psicoanálisis*, año VII, N° 13, 6/1990.
- Guattari, F.: *La intervención institucional*, México, Folios, 1981.
- Laplanche, J.; Pontalis, J. B (1957) *Diccionario de Psicoanálisis*, Bs. As., Paidós 1993.
- Mariás, J.: *Breve tratado de la ilusión*, Alianza, Madrid, 1990.
- Max-Neff, M.: *Desarrollo a escala humana: una opción para el futuro*, CEPAAUR; Santiago de Chile, 1986.
- Moise, C.: *Prevención y Psicoanálisis. Propuestas en salud comunitaria*. Col Tramas sociales. Paidós, Bs. As. 1998
- Moise, C.: Cortazzo, I: *Estado, salud, y desocupación. De la vulnerabilidad a la exclusión*. Col Tramas Sociales. Paidós, Bs. As., 2000.
- Puget, J., En la búsqueda de una hipótesis: el contexto social. En *Rev. de Psicoanálisis*, APA, tomo XLIV, Núm. 4, 1987.
- Savanti A. Zanotti de: Encontrar la alegría. El juego como camino de encuentro. En *Comunio* año 8-N°2 .2001.
- Schnitman, D.: *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*. Bs. As., Paidós, 1995.
- Tizon, J.: *Atención primaria en salud mental y salud mental en atención primaria*. Barcelona Doyma, 1992.
- Ulloa, F.: *Grupos de reflexión y ámbito institucional en los programas de promoción y prevención en salud*. Facultad de Psicología, Materia: Salud Pública y Salud mental, Unidad IV, Bs. As., 1994.
- Winnicott, D.: *El niño y el mundo externo*, Bs. As., Hormé, 1965.
- _____ : *La familia y el desarrollo del individuo*, Bs. As., Hormé, 1967.
- _____ : *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*, Bs. As., Paidós, 1992.